

Editorial

HAY QUIENES ATRAVIESAN POR PROPIO PIE el umbral del más allá con paso decidido. Por más que se cavile al respecto, no hay forma de comprender con facilidad esa elección —a menos que, en alguna difícil circunstancia, el vértigo de la caída fuera guiño o caricia para sentir la propia tentación de atravesar el túnel o cerrar tras de sí todas las puertas—.

¿Una renuncia, una salida fácil, la mayor de las cobardías o el mayor acto de heroísmo? ¿Un derecho o un delito? ¿Acaso un arte? En los últimos años, según las estadísticas, en México el mayor número de suicidios —y de intentos de suicidio— ocurre en los meses de primavera.

La sociología, la psicología, la filosofía, la psiquiatría y la medicina son algunas de las especialidades que atienden el fenómeno, con el auxilio de otras materias. Asimismo, el arte no es ajeno. Desde antaño, el suicidio ha sido tema y condición de obras y de artistas, tanto en el cine y la plástica, como en la música y en la literatura. Entre los suicidas famosos pueden contarse, al menos entre los escritores, a Ernest Hemingway, Cesare Pavese, Virginia Woolf, Sylvia Plath, Walter Benjamin, Anne Sexton, Paul Celan, Romain Gary, Primo Levy, Yukio Mishima, Stefan Zweig, Manuel Acuña, Antonieta Rivas Mercado, Jaime Torres Bodet y Alejandra Pizarnik. Observamos que ese estado límite del ánimo, ese acto radical de un espíritu en confrontación ha arrojado historias dignas de relatarse. En esta edición abordamos el complejo tema de la muerte autoinfligida, el suicidio como una de las bellas artes. 